

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

Academia de Ciencias, Bellas Letras

Y NOBLES ARTES

DE CÓRDOBA

EN 29 DE FEBRERO DE 1908,

POR LOS SEÑORES

D. RAFAEL GARCÍA GÓMEZ,

CANÓNIGO DOCTORAL Y PROVISOY Y VICARIO GENERAL,

— Y —
D. ENRIQUE REDEL Y AGUILAR.

— EN LA —

SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

R. 20713

CÓRDOBA

IMP. Y PAP. LA VERDAD, GONDOMAR, 7

R-1116



SEÑORES ACADÉMICOS:

Cumplo un deber reglamentario al dirigir mi humilde palabra á esta Ilustre Academia, y debo consignar ante todo, el testimonio de mi más sincera gratitud á sus respetables miembros que, sin mérito alguno de mi parte, se han dignado traerme á su lado, para figurar entre los Académicos de número de la Sección de Ciencias.

Perdono á los Sres. Académicos, que me han elegido, la consecuencia de sumar entre los de la Sección de Ciencias á uno que no la tiene, y, como yo perdono, espero que todos los que me oyen disimularán este error cometido por los Sres. Académicos, fijándose en dos circunstancias que voy á recordaros brevemente. Es la primera, la de que esta Academia es obra de un Prebendado de nuestra Iglesia Catedral, el venerable penitencionario Sr. Arjona (q. e. p. d.), y siendo obra y fundación suya, no está mal visto que haya entre sus socios algún Prebendado de los que hoy viven, aunque os hubiérais equivocado, fijándose en mí, que soy el último. Es la segunda circunstancia, la de que los Sres. Académicos que me han elegido, han elegido á un clérigo, á un sacerdote, que, aunque indigno del carácter y de la dignidad que ostenta, desea, como el que más, que el magisterio de Nuestra Santa Madre la Iglesia lo llene todo, lo abrace todo, lo informe todo y lo dirija todo.

No os avergonceis jamás, señores, de ir á todas partes del brazo de nuestra buena Madre la Iglesia, ni de ir en compañía de sus Ministros; porque la Iglesia ha sido, es y será siempre la depositaria de la verdad, de esa verdad que es el alimento propio y adecuado del entendimiento del hombre, de esa verdad, repito, que hace al hombre verdadero hombre. Ni temais que la Iglesia ponga jamás ninguna clase de trabas al verdadero progreso de las Ciencias, de las Letras y de las Artes, ni que

impida, desprecie ó tema á las legítimas conquistas de la razón humana.

¡La Iglesia, Sres. Académicos, enemiga de las Ciencias!... ¡La Iglesia enemiga del verdadero progreso y desarrollo de las mismas! ¡Ah! Los que eso aseguran, no saben lo que dicen. Es cierto que semejante afirmación se ha repetido y aún se repite por toda clase de enemigos de la Fé, y pretendidos amigos de los fueros de la razón humana; mayor dicho, por los enemigos del Dogma y los partidarios de la razón; de la razón, digo, independiente de toda autoridad, de toda norma y dirección superior, que no sea ella misma.

Pero casi me atrevo á asegurar que los tiempos de aquel error, ó han pasado á la historia, ó se hundirán muy pronto en el profundo abismo de su mismo descrédito. Porque, estamos tocando, Sres. Académicos, tan de cerca los perniciosos frutos de ese pretendido divorcio entre el magisterio divino de la Iglesia Católica y el desarrollo y progreso de las ciencias humanas, y por ende de la razón del hombre, vemos retratados con tan lúgubres tintas las consecuencias inmediatas y rigurosamente lógicas de tal divorcio, consecuencias que se reflejan con toda su intensidad amenazante y siniestra en el orden de la enseñanza pública y privada, en el campo del derecho y administración de justicia, en el orden económico y administrativo, en una palabra, en todas, absolutamente todas, las manifestaciones de la vida humana, que hoy día, aun los hombres más despreocupados, con tal que piensen como hombres racionales y cuerdos, se preguntan: ¿adónde vamos á parar, divorciándonos de la Iglesia, de su doctrina, de sus leyes, de sus instituciones é influjo social? ¿Adónde van nuestros hijos sin Dios y sin fe? ¿A dónde vá esa juventud, que se educa en la escuela láica ó se amaestra en el taller ó en la fábrica atea ó descreída? ¿Adónde van esos pobrecitos labriegos, que sudan y se afanan en las tareas del campo, donde no oyen el nombre de Dios, sino para blasfemarle, ni tienen más noticias de la doctrina de la Fé y de las enseñanzas y verdades de la Iglesia, que las que leen ú oyen leer, en papeles inmundos, enemigos de toda verdad, de toda ley y de todo el orden existente?... Estas y otras reflexiones que omito en gracia á la brevedad, me han aconsejado formular la siguiente proposición, que, con el favor de Dios, me propongo demostraros:

La Iglesia no es enemiga del progreso de las Ciencias.

Cuando el que os habla era muy joven, aprendió de labios de un sabio sacerdote, que las cuestiones, aun las más difíciles y abstractas, se resuelven fácilmente, si se plantean bien: es decir, que una cuestión, cuyos términos se consignan y explican con claridad, se puede dar por casi resuelta. Y esto ha de suceder necesariamente con la tesis que acabo de enunciar. Fijemos bien el verdadero concepto de los términos que abraza, expliquemos el verdadero significado de sus palabras, y veremos entonces con luz meridiana que la Iglesia no es enemiga del progreso de las Ciencias. El argumento que nos ha de suministrar la explicación y fijación de los términos en que está concebida la tesis, será, sin duda, un argumento intrínseco, tomado de la misma naturaleza de la cosa, y por lo mismo irrefragable, capaz de llevar por sí solo el convencimiento al ánimo de todo hombre racional, que no sea esclavo de aberraciones y prejuicios.

Ciencia, progreso, Iglesia; hed aquí, Sres. Académicos, los tres términos, ó palabras, de mi tesis, cuya noción y genuino sentido paso á explicar brevemente.

Ciencia es, según el Diccionario de la Academia, un conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas. Concuierda con esta noción del Diccionario la definición que dan de la ciencia los filósofos cristianos con Santo Tomás de Aquino, el cual, con la precisión y profundidad que le distingue, dice que la ciencia es: *cognitio rerum per causas*, conocimiento de las cosas por sus causas. No tengo para qué detenerme en demostrar que el hombre con las fuerzas propias de su razón es capaz de adquirir ese conocimiento cierto y evidente de las cosas, que constituye la ciencia, ni tengo para qué demostrar la realidad objetiva de las cosas, ni el encadenamiento, dependencia y trabazón admirables, que el Autor de la Naturaleza puso entre ellas; pues aunque ha habido hombres que han negado estas verdades, ó las han desnaturalizado con sus peregrinas teorías, se levanta contra ellos el testimonio irrefragable del sentido íntimo de la conciencia, que nos dice: que el entendimiento humano es capaz de discurrir, por que discurre, que es capaz de conocer los efectos por sus causas, porque los conoce en ellas y

por ellas; y de remontarse al conocimiento de éstas por la noticia que tiene de aquéllos, porque en efecto se remonta; así como el mismo sentido íntimo nos asegura con toda evidencia, que existen verdades fuera del hombre, que no son el hombre, y que la existencia de las mismas es absoluta, real é independiente del conocimiento que de ellas pueda tener el hombre; puesto que ellas son, por decirlo así, la medida de la verdad que hay en el entendimiento humano, y no éste, la medida de la verdad de las cosas.

Si, pues, la ciencia es conocimiento cierto y evidente de verdades, todo conocimiento que no alcance la categoría de cierto y evidente, no será, en rigor, verdadera ciencia: lo será, sin embargo, en el sentido amplio de la palabra; esto es, tomando el nombre de ciencia para significar toda noticia, saber ó conocimiento de que es capaz la razón humana, con tal que sea noticia, saber ó conocimiento racional y ordenado, deducido, con más ó menos evidencia, de principios seguros y ciertos. Por esto juzgo que el sentido más genuino, la explicación más adecuada que debemos dar á la palabra *ciencia*, en el desarrollo de la tesis que me ocupa, es la segunda acepción que de la misma da el Diccionario de nuestra lengua, cuando dice: *Ciencia es un cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del humano saber*. Comprende, pues, esta noción de ciencia no sólo las exactas, ó sea las que sólo admiten principios, consecuencias ó hechos rigurosamente demostrables ó demostrados, sino también todas aquellas ya de orden teórico, ya del orden práctico, en las que se ejercita la actividad de nuestro entendimiento, aunque no lleguen á definir y señalar por modo irrefragable y evidente el fruto de sus raciocinios; con tal, sin embargo, que su labor sea metódicamente formada y ordenada. Y en este sentido amplio, no negamos el dictado de ciencia á ninguno de los frutos del humano entendimiento, cuando se ejercita racional y noblemente en la consideración y estudio de Dios, del mundo ó del hombre. Y á pesar de que convendría tal vez aquí hacer una clasificación ó enumeración de los diferentes y variados objetos en que racionalmente puede ejercitarse, y de hecho se ejercita nuestro entendimiento, y que constituyen, por lo tanto, otros tantos órdenes, ó categorías de ciencia, basta, sin embargo, con decir, que éstas serán tantas,

cuantos sean aquéllos; puesto que es verdad admitida por todos que el objeto formal de las ciencias, esto es, la razón especial, ó el punto de vista particular bajo el cual las ciencias consideran su objeto, es lo que las divide y clasifica.

Entendido ya el verdadero sentido de la primera palabra de mi tesis, paso á exponer el de la segunda: *Progreso*. Y fijándonos en su etimología, veremos que esta palabra procede del verbo latino *progredior, progressus*, que significa *ir hácia adelante*, caminar. El Diccionario de la Academia en la primera acepción de la palabra *progreso*, dice que es la *acción de ir hácia adelante*; acción que es material en las cosas materiales, sujetas á movimiento material y visible, y que es de otro orden más elevado y digno, cuando se trata de operaciones ó actos del alma y de la razón, como es la ciencia; y por eso el mismo Diccionario añade: que *progreso* significa también, *adelantamiento, perfeccionamiento*.

Sentado en el párrafo anterior el concepto de la ciencia, veamos ahora en qué pueda consistir su verdadero progreso ó perfeccionamiento.

Si la ciencia es el conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas, (sentido estricto), ó un cuerpo de doctrina metódicamente ordenado, que constituye un ramo particular del humano saber (sentido amplio), dicho se está que el verdadero progreso y perfeccionamiento de las ciencias estará en razón directa del progreso ó perfeccionamiento del hombre, en lo que tiene de ser inteligente y racional. que es el sugeto de la ciencia y en razón directa del progreso, perfeccionamiento y desarrollo de las verdades que son el objeto de la misma; ó en términos más claros y concisos, la ciencia progresará á medida que progresa y se perfeccione la razón del hombre, y ésta encuentre más verdades ú objetos en que ejercitarse.

Sabido es, señores Académicos, que la razón del hombre es un destello de aquella luz divina é increada, que plugo al Señor grabar en nuestra frente, según frase del Real Profeta. Por la razón, el hombre es hombre y no bruto; y por ella se hace semejante á los Angeles, y qué digo á los Angeles, se hace semejante al mismo Dios. Sin embargo, el modo de conocer propio del hombre, no es el intuitivo; es el discursivo. Me explicaré.

Aunque el entendimiento humano es capaz de conocer, no conoce ordinariamente sino ejercitando su actividad y trabajo sobre verdades ó principios evidentes y conocidos y deduciendo de ellos otras verdades, otras conclusiones, contenidas, más ó menos inmediatamente, en aquellos principios.

No es el entendimiento del hombre como el de Dios, que vé, de un solo golpe de vista, (permitáse la frase) y vé en sí mismo la verdad de todas las cosas. Ni es como el del Angel, que por virtud de la alteza y perfección de su entendimiento, no necesita discurrir; aprende y vé intuitivamente las verdades que conoce. El hombre, eu cambio, vé, ó conoce, intuitivamente, muy pocas verdades; casi siempre conoce discurrendo, pasando por la virtud y trabajo propios de su razón, de lo conocido ó lo desconocido. Además, el hombre no nace perfecto en lo que toca á su ser inteligente y racional, como no nace desarrollado y perfecto, en lo que toca á su ser material. Y así como para alcanzar el mayor perfeccionamiento y desarrollo posible en la vida del cuerpo, necesita tiempo, ejercicios, alimentación y otras cuantas condiciones y circunstancias exigidas de consumo por los preceptos de la higiene y de la Moral, así también para que su entendimiento se agrande y desarrolle, cuanto es posible, necesita ejercitar por mucho tiempo las fuerzas propias de su actividad, necesita dedicarse con verdadero afán al estudio, guiado por un buen maestro y con sugestión á una regla ó método racional y lógico. Cuando el niño comienza á andar, sería locura abandonarlo á sus propias fuerzas é iniciativas; es de todo punto necesario que la mano experta de su madre ó nodriza dirija sus primeros pasos. Del mismo modo, cuando nuestro entendimiento comienza, por decirlo así, el ejercicio y posesión de su propia vida, que consiste en la prosecución de la verdad, necesita una mano experta que le guíe en ese escabroso camino, presentándole verdades en que ejercitarse, reglas y métodos para conocerlas, y le ponga á salvo de errores y prejuicios. Todo, pues, cuanto pueda contribuir al perfeccionamiento y progreso del hombre, en lo que tiene de ser moral, é intelectual, contribuirá también al verdadero progreso de la ciencia; y quien sea el más amigo del cultivo y desarrollo del entendimiento del hombre, será, por la misma razón, el protector más decidido del desarrollo de la verdadera ciencia.

No temo afirmar, señores Académicos, que ese protector que ocupa el primer lugar entre todos, es la Iglesia Católica. Innecesario es detenerse en la explicación del término *Iglesia*, última palabra de la tesis que me ocupa. De todos vosotros es conocida y muy conocida, y ojala que lo fuera de todos los hombres. La Iglesia Católica, con su Moral, es la mejor educadora de la voluntad, y con sus dogmas y doctrina, la Maestra más segura del entendimiento del hombre. Todos sabemos que el desarreglo de las pasiones es un obstáculo poderoso, que impide el desarrollo perfecto del hombre espiritual. O en otros términos: el predominio o influencia de la carne, resta fuerzas, cuando no destruye por completo las energías del espíritu. Pues siempre será verdad que *la carne desea contra el espíritu, caro concupiscit adversus spiritum*, como dice San Pablo. Y ¿quién es capaz de contrarrestar esa fuerza desordenada de los apetitos y deseos del hombre más que la Moral cristiana, con sus preceptos y sanción, ó sea la Doctrina Divina que la Iglesia Católica enseña? ¿Quién puede con su divina influencia encauzar ese río desbordado de las pasiones del hombre, haciéndolas servir para el perfeccionamiento del hombre espiritual, y convertir en provecho suyo esas mismas fuerzas de las pasiones, que por sí solas y desprovistas de guía, maestro y freno, llevarían al hombre al abismo de su degradación y embrutecimiento? ¡Ah, señores! La Iglesia Católica con su divina Moral.

Por otra parte, ¿quién mejor que la Iglesia Católica puede satisfacer las aspiraciones del hombre, proporcionando á su entendimiento un conjunto de verdades, superiores unas á las fuerzas de nuestra razón, y difíciles de alcanzar, otras, con sólo el esfuerzo de nuestro entendimiento?

Es preciso, señores, confesar de plano que hay algo superior, muy superior al entendimiento del hombre; que el hombre no comprenderá toda la grandeza de ese *quid divinum*, pero que se siente abatido por ella, y obligado á decir: *mi razón es muy pequeña; por sí sola no entiende ni las cosas que le rodean; á cada paso encuentra misterios en aquello mismo que alardea de comprender.*

Y ved, señores Académicos, uno de los argumentos de los enemigos de la Iglesia. Que la Iglesia enseña Misterios, y manda creer en lo que no se vé, y lo que no se vó, lo que no se en-

tiende con las luces naturales del hombre, es opuesto á los fueros de la razón, y enemigo, por ende, del progreso y desarrollo de la verdadera ciencia. Así se han expresado, y aún se expresan hoy todos los pretendidos amigos y defensores de la razón humana y enemigos declarados de los verdaderos fueros de la misma razón.

¿De cuándo acá es lógico deducir la imposibilidad y lo absurdo de una proposición del hecho de que sus términos sean incomprensibles para nosotros? Cuando no entendemos, cuanto puede entenderse, la noción del sugeto, la del predicado y el enlace que existe entre estos dos términos de una proposición, como sucede en esas verdades altas y misteriosas que la Fé nos enseña, lo lógico, lo racional, es confesar nuestra impotencia y nuestra debilidad intelectual; pero decretar y definir que son absurdas é imposibles, por que no las comprendemos, esto es el mayor de los desatinos. A menos que queramos afirmar, como algunos afirman, que la razón del hombre es regla suprema de la ciencia, medida infalible y única de toda verdad. ¡Pobre ciencia, pobre verdad, si nó tuvieran otra madre más grande y fecunda que la menguada razón humana! Ya os dije antes, que el entendimiento del hombre ni es, ni puede ser la medida de la verdad de las cosas que existen; son éstas, por el contrario, la medida de aquél, ó lo que es lo mismo: las cosas existen, ó son verdaderas, en el sentido metafísico de esta palabra, independientemente de la idea que de ellas tenga nuestro entendimiento, y en el entendimiento humano hay ciencia, ó verdad, cuando la idea que tiene de las cosas, corresponde exactamente á lo que las cosas son en sí. Sólo el entendimiento Divino es la medida de la verdad de las cosas, la fuente perenne de todo lo que existe, de tal modo que las cosas son, y son verdaderas, por que corresponden, digámoslo así, al prototipo ó ejemplar que de ellas existe en la mente divina.

Tal es, señores, el fundamento de la armonía que existe entre las verdades de la Fé y las conquistas de la razón del hombre, entre la luz de la Revelación y la luz natural, impresa en la frente de todo hombre, como dije antes. Son dos rayos de un mismo sol, dos arroyos que nacen de un mismo venero, dos hermanas, hijas de un mismo padre, Dios; que cuando marchan unidas, prestándose mutuo apoyo y auxilio, hacen que la

razón del hombre marche por camino seguro y firme en pos de su desarrollo y perfeccionamiento verdadero. Por el contrario, cuando la razón del hombre quiere sacudir el yugo de la Fé, emancipándose de su tutela y direccióu, y se aparta á sabiendas del camino firme y seguro que la conduce derechamente á su perfección, cierra los ojos á la luz de lo alto, para entrar en la senda de las tinieblas y de la obscuridad. ¡Tan cierto es, señores, que la doctrina de la Fé, que la Iglesia Católica enseña, es el protector más decidido del progreso verdadero de la ciencia.

Tarea fuese muy oportuna en este lugar y por extremo grata para mí, si no temiera molestar demasiado vuestra ilustrada atención, acudir ahora al testimonio irrefragable de la Historia, para que nos digera si la Iglesia, en el trascurso de los siglos, ha sido enemiga del progreso de la ciencia. La Historia, señores Académicos, nos dice todo lo contrario. Citadme un solo caso en que la Iglesia haya puesto trabas de ningún género á las conquistas legítimas de la razón del hombre. Antes al contrario, donde quiera que el hombre ha puesto su mano y ha ejercitado racionalmente las fuerzas de su ingenio, allí ha estado la Iglesia ayudándole, bendiciéndole, abriendo nuevos horizontes á sus investigaciones, y franqueándole los tesoros de su sabiduría y acertada direccióu. Responda, sinó, ese ejército innumerable de sabios, que en todos los tiempos se han alimentado á los pechos de nuestra Madre, la Iglesia, llenando al mundo entero, é iluminando á los hombres con los raudales de su ciencia. Respondan esas bibliotecas, respondan esas Universidades, esos Colegios fundados en todo el orbe por la mano bienhechora de la Iglesia. Responda, en fin, nuestra propia conciencia, preguntemos á nuestros ojos, á nuestros oídos, qué es lo que han visto, qué es lo que han oído, y sin duda nos dirán, que la Iglesia, lejos de ser enemiga del verdadero progreso de las ciencias, ha sido, es y será su protector más decidido. No en vano se dijo por boca Divina, *Docete omnes gentes*.

He concluido, señores. Réstame tan sólo suplicaros me perdoneis porque he abusado sin duda de vuestra paciencia é ilustración. Permitidme, también, que os recuerde el nombre del ilustre D. Manuel González y Francés, dignísimo Magistral que fué por más de treinta años de esta Santa Iglesia, y á quien vengo á suceder, por gracia vuestra, en esta ilustre Academia.

El nombre de González y Francés es demasiado conocido entre nosotros, y no necesita, por consiguiente, de mi alabanza (Orador incansable y elocuentísimo, escritor correcto y fecundo, sacerdote laborioso y Canónigo benemérito, hombre de un talento poco común; hed aquí, señores, los rasgos más salientes del Académico D. Manuel González y Francés. (q. e. p. d.)

HE DICHO.

Rafael Garcia.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

D. ENRIQUE REDEL Y AGUILAR,

AL DEL MUY ILUSTRE SEÑOR

D. RAFAEL GARCÍA GÓMEZ.

SEÑORES ACADEMICOS:

Bien puede esta ilustre Corporación sentirse ufana y complacida al recibir en su seno, dándole asiento entre sus miembros de número de la sección de Ciencias, al respetable sacerdote, Doctor en Sagrada Teología y Licenciado en Derecho civil y canónico, D. Rafael García Gómez, Canónigo Doctoral y Provisor y Vicario general de la diócesis cordobesa, orador apacible y castizo y varón de consejo y de consulta, conterráneo, como nacido en la inmediata villa de Pozoblanco, de aquel célebre Cronista de Carlos V, Juan Ginés de Sepúlveda, portento de sabiduría y, como dijo, en síntesis, el Padre Francisco Ruano, «no solamente filósofo, matemático y teólogo eminentísimo de su siglo, sino también reputado Cicerón cristiano por su elegantísima elocuencia latina y griega.»

El Sr. García Gómez, después de una brillantísima carrera en nuestro Seminario Conciliar de San Pelagio, donde, además, ha sido Catedrático, ascendió al presbiterado en 22 de Diciembre de 1883. Fué Cura propio y Arcipreste de Priego desde el día 2 de Enero de 1887 hasta el 15 de Septiembre de 1892, en que hubo de posesionarse de una Canongía, ganada con gran lucimiento, en el Sacro-Monte, de Granada; y, posteriormente, en 1.º de Junio de 1900, y aquí pongo punto á esta precipitada enumeración biográfica, ocupó la doctoral que disfruta mediante gallarda oposición, que aún se recuerda con agrado.

Viene á suceder en nuestra Academia á otro Prebendado de la Catedral de inolvidable memoria: al popularísimo Magistral González Francés, cuyos extraordinarios merecimientos no me detengo en exponer, tanto por haber escrito su necrología á raíz de su llorada muerte, cuanto porque, como os ha dicho el propio recipiendario, de sobra os son conocidísimos. Ni quiero tampoco abusar de vuestra benevolencia con largas consideraciones, inclinado por naturaleza á la brevedad y convencido de

que suele ser cierta la frase de Cervantes, tan repetida en casos análogos, de que «nunca segundas partes fueron buenas.»

Nadie con menos títulos que yo, pudiera haber sido designado para contestar al nuevo académico en este acto solemne; mas no cedo, sin embargo, á otros la satisfacción con que me honro en presentarle; pues, devotísimo de la Iglesia, estimo en cuanto vale el concurso de uno de sus ministros en el seno de una institución compuesta casi totalmente de seculares y que, desde el momento de ofrecerle uno de sus codiciados sitials, se muestra secuaz y partidaria de su primitiva historia (dado que fué establecida por un clérigo) y consecuente con las tradiciones católicas, en estos días en que hombres y sociedades parecen aspirar a desasirse de ellas, combatiéndolas taimadamente, cuando no con el ensañamiento y con la burla.

Pero, basta, señores, de exordio.

Con harta precisión escolástica ha desarrollado el recipiendario el tema de su discurso, basado en la proposición de que *la Iglesia no es enemiga de las ciencias*; asunto siempre de oportunidad en los labios de un sacerdote piadoso, y que nunca es conveniente olvidar, y menos aún en la época presente, tan propicia á calificar de obscurantistas á los que, educados en la fé de nuestros mayores, militamos bajo las banderas del Cristianismo, y leemos en aquel libro, al decir de Donoso Cortés, «tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, á donde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo»; libro que podrá ver con necio desdén la osada superficialidad, pero donde «están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano», y «donde se contiene lo que fué, lo que es y lo que será»; libro prodigioso, en fin, «que lo vé todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios.»

Pues, bien, señores académicos; el Dr. García Gómez, después de explicar con cierta detención, y como tésis del discurso que acabais de oír, el significado de las palabras *Ciencia*, *Progreso*, *Iglesia*, ateniéndose, principalmente para las dos primeras, á la definición que de ambas se hace en el Diccionario de nuestra lengua, y que concuerda con la de los filósofos cristia-

nos; y después de hablar también de la Iglesia, con sus dogmas y doctrinas, maestra de la verdad, y, con su moral, educadora de la voluntad y freno de los apetitos desordenados, se ha complacido—según habeis observado—en refutar falsos y generalizados argumentos de los enemigos de nuestra Religión, que, sin reconocer que la inteligencia del hombre es limitada, juzgan como, si lejos de serlo, fuera señora infalible y única depositaria de toda verdad; ha proseguido su disertación sustentando, y reproduzco sus palabras textuales, que «en el entendimiento humano hay ciencia ó verdad cuando la idea que tiene de las cosas corresponde exactamente á lo que las cosas son en sí», añadiendo que «sólo el entendimiento divino es la medida de la verdad de las cosas, de tal modo, que las cosas son, y son verdaderas, por que corresponden, digámoslo así, al prototipo ó ejemplar que de ellas existe en la mente divina»; y de todo lo expuesto ha venido á deducir la armonía entre la fé y la razón, entre la revelación y la luz natural, «como dos arroyos—nos ha dicho muy bien—que nacen de un mismo venero,» ó como «dos hermanas, hijas de un mismo padre, Dios, que cuando marchan unidas prestándose mútuo apoyo y auxilio, van por camino seguro y firme en pos de su desarrollo y perfeccionamiento verdadero.»

Lazo es, en efecto, señores, que une en feliz consorcio el corazón y la inteligencia, y que cuando la ignorancia ó la malicia pretenden desatarlo, en su propia ceguedad ó en su mismo atrevimiento suelen hallar el castigo, perdiendo el consuelo de aplacar la sed de sus pasiones y dolores en el claro, fresco y abundante manantial del Cristianismo.

Temeroso, con su simpática modestia, el Sr. García Gómez de ser demasiado prolijo, ha rehusado ilustrar su trabajo con ejemplos históricos que probaran hasta la saciedad que la Iglesia nunca ha sido enemiga del progreso de las ciencias. Realmente, aparte de las infinitas obras que pudiéranse citar en este sentido, no es necesaria la acumulación de ejemplos, pues demostraría no haber abierto bien el libro de la Historia quien pretendiese (y muchos lo han pretendido) negar una verdad tan evidente.

El discurso á que me refiero, se sujeta estrictamente, como hemos tenido ocasión de reparar, á la forma silogística usada

en las antiguas controversias escolásticas, y que aún se mantiene viva durante el curso de los estudios eclesiásticos. Saludemos, pues, con sincero entusiasmo á nuestro nuevo egregio compañero el Dr. D. Rafael García Gómez, que, con su oración académica, nos ha despertado el recuerdo de las tradicionales fórmulas empleadas en las aulas de nuestras renombradas Universidades; y tengamos á gala y honra, la grata compañía de un sacerdote, dechado de virtud, y que—como en recepción idéntica dijo, con alusión á un preclaro jesuita, un eminente polígrafo—viene, además, «educado en la más severa disciplina intelectual, en el taller de la lógica, en el gimnasio de la sagrada Teología, en la arena y en el polvo de la controversia dogmática.»

HE DICHO.

